

ACHICAR EL ESTADO... O AGRANDAR LA CONVICCIÓN...

Por Rubén Torres

Para el clásico pensamiento neoliberal cuanto menor sea el tamaño del Estado, y por lo tanto cuanto menos éste interfiera con el proceso económico, mayor será el crecimiento, y por ende, por esta vía se encontrarán las soluciones para paliar la pobreza y mejorar la equidad.

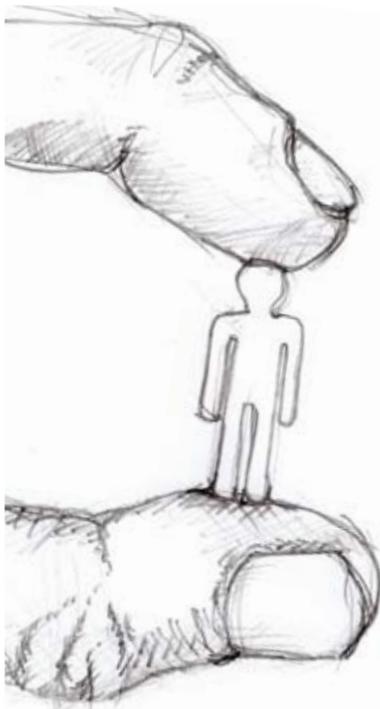
La evidencia indica que si bien el crecimiento es necesario no resulta suficiente para resolver aquellos problemas y el *laissez faire* no ha demostrado en ningún caso lo contrario.

A pesar de ello, al “achicar el Estado es agrandar la Nación” postulado por el neoliberalismo, se le sigue oponiendo como casi única solución la estatización de todos los bienes y servicios, transformando toda base de la discusión en un sofisma.

El deseo de un “mundo feliz” para todos también es sin duda un deseo de todos.

Sin embargo, y desde el punto de vista de la implementación de las políticas sociales, hay fundamentales diferencias en la percepción de los deseos de cada individuo y de las restricciones a las que se ve enfrentado; al grado de intervención o no del Estado en la cuestión social y distributiva, y de coincidirse en esta intervención, el gradiente adecuado de la misma.

Esta discusión no está saldada en la región de las Américas, y mucho menos en el campo de la salud, donde por sus características, esas percepciones, traducidas en necesidades reales y demandas manifiestas no resultan muchas veces muy claras de



distinguir, enrarecidas además por las fallas estructurales del “mercado” de la salud.

Así, la inútil disputa entre los sectores público, privado y de la seguridad social, se ha transformado en un clásico, que como toda lucha estéril (o mejor sofisma) conduce a una

discusión que evita el eje central que debiera regirla: ver la mejor manera de integrar los esfuerzos de cada uno de ellos, potenciando sus fortalezas y minimizando sus debilidades.

Se establece así, una discusión ideologizada sobre si la hegemonía debe ser pública o privada, y se confunde muchas veces en esa furiosa disputa lo público con lo estatal. Y cuando digo esto, lo hago pensando en el concepto de libertad individual¹ esgrimido como pensamiento central del neoliberalismo, y según el cual la apertura económica (expresada en el libre mercado) y la limitación de los poderes de la autoridad (expresada en la eliminación de la regulación del Estado) ofrece un sinnúmero de oportunidades para el desarrollo de la capacidad creativa e innovadora de los hombres (tal vez cabría preguntarse cuanta libertad individual existe en un modelo donde los niveles de desempleo e informalidad generados por políticas ultraliberales condena a millones de personas a la pobreza extremas).

Tal vez sea necesario incorporar una visión de libertad más cercana a la planteada por Amartya Sen, como expansión de oportunidades de desarrollo y creación humana, que permitan tener el control del presente para transformar y construir un futuro distinto. O expresado de otra manera, en-

tender la libertad como la capacidad de realización de los sueños de cada uno.

Desde esta perspectiva, y en toda sociedad en que exista desigualdad, expresada en cualquiera de sus sentidos, y no sólo económica (por ejemplo en salud: desigualdad de acceso por razones geográficas, de calidad, de oferta, etc.), para que todos puedan tener ese control del presente, se requiere la presencia del Estado.

Y no del Estado exclusivamente como dueño u operador de las instalaciones físicas, los recursos humanos, etc., sino también, como un Estado inteligente con capacidad de regulación, en el sentido de colocar los límites adecuados para que cada uno independientemente de los intereses personales u institucionales que lo alienen, aporte a la disminución de las inequidades.

Esto incluye también la contraparte de las responsabilidades individuales que en toda sociedad organizada corresponde a los individuos: la existencia de derechos ciudadanos, expresada por la igualdad de oportunidades no es exclusivamente una tarea del Estado, sino que debe ser complementada con la responsabilidad individual (en el campo de la salud, el uso irracional de recursos, y la demanda irresponsable de ellos resultan, a veces, un buen ejemplo de esto).

En definitiva, la libertad, entendida como la capacidad de realización de las posibilidades de todas las personas, no es (como aseguran los neoliberales) una consecuencia natural de la actividad del mercado; pero tampoco lo es de la exclusiva acción del Estado; posiblemente, y como sucede generalmente a lo largo de la vida, sí lo es de un conjunto de acciones combinadas: la capacidad de emprendimiento y superación de las personas, el mercado, el crecimiento económico, y la acción del Estado

como responsable de la distribución social de bienes y servicios esenciales, como agente innovador por medio de políticas sociales proactivas, anticipatorias y no sólo reparadoras. Para ello se requiere claramente un Estado dotado de calidad institucional, lo cual no significa un Estado tecnocrático, pero sí un Estado serio en la elección de los responsables del diseño, la ejecución y el monitoreo de sus políticas.

Esta consideración parece enfrentar-

La sociedad y la calidad de vida se construyen en un espacio intermedio entre el mundo público-estatal y el privado-mercantilista, un espacio que no está regido por las meras reglas del mercado o de las opciones individuales, pero tampoco se reduce a la acción del Estado por medio de las políticas públicas o del sistema político; es más bien, un conjunto de acuerdos básicos compartidos acerca del bien común, en un orden social con reglas de juego que faciliten el desarrollo de cada uno de los ciudadanos.

se claramente con la visión de debilidad institucional de algunos de los países de nuestra región, donde podemos muchas veces ver instituciones cooptadas por el advenedizo oportunismo de algunos funcionarios que no sólo no tienen el secundario terminado (sin que ésto pueda estimarse como rango de eficacia y/o inteligencia, sino como incisiva expresión de no estar dotado de las

capacidades, conocimiento y/o habilidades necesarias para el desempeño de sus funciones), sino, lo que es más grave nunca han trabajado en su vida, y que desacreditan diariamente esa muy honorable tarea de la política como arte de organización de las comunidades. Irresponsables de una atroz incultura² y falta de escrúpulos, que no tienen discrepancias ideológicas ni partidarias, más allá de su permanencia en la cercanía del poder, aunque ello implique resignar las más íntimas convicciones, muchas veces defendidas publicamente para ser cambiadas al día siguiente.

La sociedad y la calidad de vida se construyen en un espacio intermedio entre el mundo público-estatal y el privado-mercantilista, un espacio que no está regido por las meras reglas del mercado o de las opciones individuales, pero tampoco se reduce a la acción del Estado por medio de las políticas públicas o del sistema político; es más bien, un conjunto de acuerdos básicos compartidos acerca del bien común, en un orden social con reglas de juego que faciliten el desarrollo de cada uno de los ciudadanos.

Allí está la tarea de la política: generar esas reglas de juego, ayudar a alcanzar esas visiones compartidas, establecer ese orden social.

Para ello, no es indispensable el secundario, pero sí la honradez y la decencia de tener convicciones, y sostenerlas fielmente, aunque ello implique rechazar cargos para los cuales no se está preparado, o la lejanía del poder político. 

Referencias

- 1 "La sociedad no existe, sólo existen las personas..." M. Thatcher.
- 2 Cultura como el conjunto de las formas, modelos o patrones (explícitos o implícitos), a través de los cuales una sociedad regula el comportamiento de las personas que la conforman, y que incluye costumbres, prácticas, códigos, normas y reglas de la manera de ser, vestir, crear, expresar los ritos, normas de comportamiento y sistemas de creencias y valores. Toda la información y habilidades que posee el ser humano. La capacidad que da al hombre la posibilidad de reflexionar sobre sí mismo, y que hace de él un ser específicamente humano, racional, crítico y éticamente comprometido, y le permite discernir valores y efectuar opciones, expresarse, tomar conciencia de sí mismo, poner en cuestión sus propias realizaciones, buscar incansablemente nuevas significaciones, y crear obras que lo trasciendan. UNESCO, 1982: *Declaración de México*.

El desafío de la tercera edad y la transición demográfica



Jorge Leguiza

Médico
Magister en Sistemas de Salud y Seguridad Social y codirector de dicha maestría (ISALUD).
Posgraduado en Informática Médica (USAL), Informática Médica (UCA-U Campinas), Brasil y Epidemiología (INEJ).



Carlos Herrada

Médico
Especialista en Fisiatría
Ex-alumno de la Maestría en Sistemas de Salud y Seguridad Social y alumno de la Maestría en Economía de la Salud.
Universidad Isalud



Judith Rubio

Lic. en Psicología
Directora del Centro Terapéutico del Sur
Doctoranda en Psicología (UPV), España
Ex-alumna de la Maestría de Sistema de Salud y Seguridad Social y alumna de la Especialización en Economía de la Salud. Universidad Isalud

“En lugar del concepto que el envejecimiento poblacional es un problema, los países deberían estar orgullosos del aumento de la longevidad. El envejecimiento sano es un logro de las naciones civilizadas”

Dr. Néstor Siseles, Dra. Pamela Gutiérrez

La humanidad ha evolucionado de una sociedad agrícola a una industrial para llegar después a la sociedad tecnológica. En muchos países, incluyendo el nuestro, vivimos las tres eras en forma acumulada, no sólo en el campo de la demografía sino también en el de la economía, medio ambiente, educación y por supuesto en el de la epidemiología.

Transición demográfica

Un fenómeno íntimamente ligado a este proceso evolutivo es el conocido como de transición demográfica (TD). El mismo resulta útil para describir las consecuencias de los cambios en los modelos de fecundidad y mortalidad de la población. Este marco de referencia describe el paso de una etapa de escaso crecimiento resultante de una combinación de elevada fecundidad y mortalidad a un período también de bajo crecimiento debido a una combinación de baja fecundidad y mortalidad. Entre ambos períodos, la disminución de la mortalidad y posteriormente de la fecundidad originaron el rápido crecimiento de la población registrado en este siglo. Como resultado de lo anterior se produce el hecho más destacado de las décadas recientes: la tendencia al envejecimiento poblacional. El envejecimiento de la población es un producto del avance social y económico que se hace notorio no sólo como cuantificación demográfica, sino también por sus consecuencias. (Gráfico 1). En la búsqueda de las causas de este fenómeno, hay evidencia que permite inferir que las mejoras en la salud en el siglo XX son